







# LA ESPERANZA

1

Tanda de Valses.

Para Piano Forte.

Musica del Sr. Ondrid.

Andante.

Introducc:

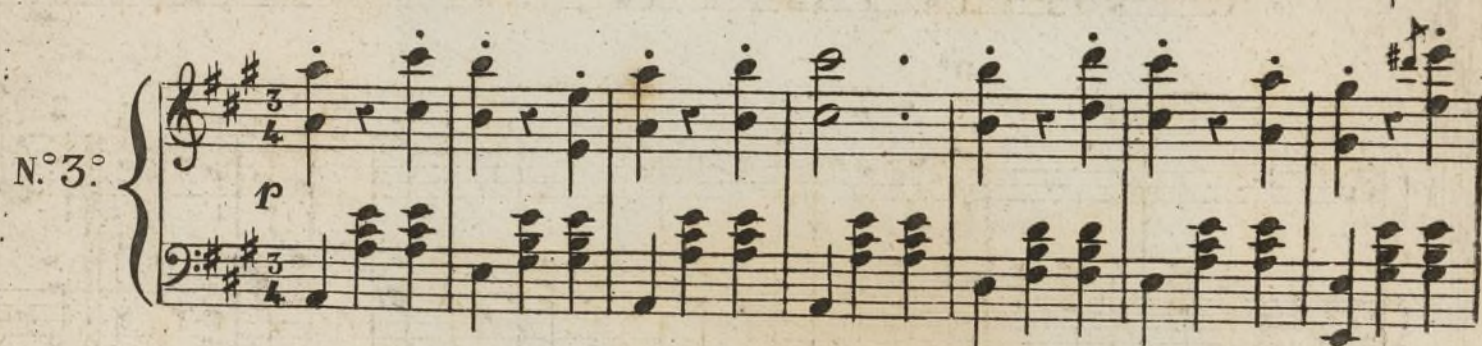
N.º 1.º

N.º 2.º

La Elegancia. Setiembre 1846.

Ayuntamiento de Madrid





(Se concluire)









J. M. VILLERGAS.

Ayuntamiento de Madrid







## SOBRE EL MATRIMONIO.

Por la señorita Doña Micaela de Silva y Collao.

Es muy frecuente por desgracia que las mugeres se quejen del proceder de sus maridos, y que estos al poco tiempo de casados traten á sus mujeres con una tibieza que poco á poco degenera en indiferencia, cuando no en menosprecio. Estas mugeres nos parecen tanto mas dignas de compasion, cuanto es mayor su mérito, porque entre ellas las hay dotadas de un bellissimo carácter y de un talento ilustrado. En este caso es natural acusar al marido de injusticia; pero si ha de juzgarse con imparcialidad, es necesario investigar el oríjen del mal que las mas veces proviene de falta de gobierno. Porque no se puede negar que muchas mugeres reciben una educacion contraria á su verdadero destino; se las enseña lo que poco importa que ignoren, al paso que se las deja ignorar lo que mas les importa saber. Las artes, las ciencias y conocimientos abstractos, no diremos que esten demas en la educacion de una señorita, pero sí que se les debe considerar como accesorios, y que el objeto principal de su educacion es formar una buena esposa y madre, y una inteligente directora del gobierno interior de una casa, porque la economía doméstica es la base en que estriba la prosperidad de las familias, de la cual viene á ser consecuencia inmediata la de las naciones.

Pongámonos por un momento en el caso de un marido que ve defraudada su esperanza de un lisongero porvenir, porque en vez de la compañera inteligente que buscaba, se encuentra ligado á una persona incapaz de manejar sus intereses, á una mujer que sabe la historia, la música y la geografía, pero que ignora las reglas mas sencillas del orden y economía, indispensables para el gobierno de su casa, ¿qué mucho que este hombre concluya por mirar como una desgracia el vínculo en que debia estibar su felicidad? Porque un marido tiene derecho á exigir el cumplimiento exacto de esa multitud de obligaciones que el matrimonio impone asi al hombre como á la mujer: si esta no se halla precisamente obligada á procurar los medios de adquirir, por lo menos tiene la obligacion de conservar y aumentar lo adquirido, por medio de una prudente distribucion y de una bien entendida eco-

nomía. A ella es á quien toca velar sobre los intereses comunes, vigilar la conducta de los criados, dirigir sus trabajos, y darles ejemplo de un celo desinteresado. Ella es la que debe arreglar exactamente las cuentas, y procurar que el gasto sea menos que el producto, á fin de aumentar los recursos para lo sucesivo. De este modo es como prospera un matrimonio, y se afianza la estimacion y la paz conyugal: un hombre razonable no podrá negar su confianza y respeto á la mujer que cumple fielmente las obligaciones que para con él tiene contraídas. Ademas del gobierno de los intereses materiales, pesa sobre la mujer otra obligacion mas sagrada todavia, tal es la de criar y educar bien á sus hijos. Cuidado es este, que la pertenece exclusivamente durante los primeros años, y la mujer que aspire á ser digna del título de *madre*, ha de ser á la par nodriza, maestra, directora y apoyo de aquellos. Ella es la que ha de velar sobre su cuna, la que ha de guiar su planta vacilante, ella en fin la que ha de formar su corazon y entendimiento, impulsando ó reprimiendo los instintos que observe en ellos, y rectificando sus ideas al paso que se van desarrollando; de este modo sus hijos la deberán un *nuevo ser*, y por este medio conseguirá hacerse dueña de su corazon, y asegurar el respeto y el amor que la es debido, porque raro es el hombre que corresponde mal á los esfuerzos que hacen los padres para educarle bien, siempre que estos esfuerzos vayan dirigidos por una prudencia ilustrada y una constante vigilancia y ternura. Bien considerado esto fácil es penetrarse de la inmensa trascendencia que tiene el destino de la mujer, y cuán importante es atender á perfeccionar una educacion que tan ligada se encuentra con la felicidad de las familias y el destino de las naciones.

Pero se hace mucho caso de esto? Por desgracia son harto raros los ejemplos dignos de imitarse y particularmente en las clases elevadas; para una señora que desempeñe fielmente sus deberes se encuentran muchas que pasan los años mejores de su vida entregadas á la disipacion, y el resto á un fastidio que comunican á cuantos dependen de sus caprichos. Ahora bien, ¿será extraño que el marido á quien toca en suerte una mujer de esta especie, se tenga por desgraciado? Si ve que lejos de conservar su fortuna, es la primera que la destruye con su imprudente malversacion, ¿qué mucho que en vez de concederle su amor, acabe por negarle



su estimacion, y contemple en ella el mayor obstáculo para su felicidad?

Hé aquí pues las consecuencias fatales de esa educacion superficial é insuficiente que se está dando á la mayor parte de las señoritas de una clase distinguida, y aun á muchas de las que ocupan una esfera menos elevada. El lujo y la elegancia, llevados á un grado de refinamiento, son contrarios á la felicidad conyugal, y la que aspire á ser digna de citarse por modelo, ha de penetrarse bien de que su existencia ha de ser mas útil que brillante, y que entre el gran mundo y su marido, éste y sus hijos ocupan el primer lugar.

Concluiremos este artículo citando un pasaje de J. J. Rousseau, que dice: *Cuando las mujeres sean verdaderas esposas y madres*, los hombres acabarán por ser tambien buenos *padres y esposos*.

### INFLUJO DE SETIEMBRE.

Hace quince dias que los rayos del sol canicular, fieles á la ley fisica que ordena al calor alejar y desunir las partes de los cuerpos, convirtieron á Madrid en un gran cadáver, cuyos miembros, empujados en opuestos sentidos por una fuerza repulsiva, tiraron cada uno por su lado. Hace quince dias que Madrid, el Madrid animal, era un cuerpo corrompido por un calor de 38 grados de Reaumur, y cuyas moléculas, en compañía de otras de polvo, fueron á esparcirse y diseminarse con toda comodidad en omnibus y coches, en calesas y mensagerias, por todas las sinuosidades del espacio. Moléculas en Aranjuez, moléculas en el Escorial, moléculas en la Granja, moléculas en Carabanchel, moléculas en el Molar, moléculas en Trillo, moléculas en las provincias... moléculas, en fin, en todas partes.

Ahora bien; el Madrid molécula, el Madrid gas comienza á tomar forma y á crecer en materia. El estío lo diseminó, el otoño lo reúne: el calor lo asfixió, el frio lo resucita. La fuerza *apartatriz*, como diria un fisico, la fuerza irresistible de agosto va á toda prisa cediendo el puesto á su antagonista la fuerza de *afinidad*, la fuerza de SETIEMBRE, fuerza eminentemente social que todo lo condensa, que tiende á unirlo y acercarlo todo.

La metamorfosis comienza en este instante: dentro de un mes se habrá ya consumado. Ahora mis-

mo se la puede sorprender en todo y en cualquier parte: en lo animado y en lo inerte, en los hombres y en las cosas. Gracias á ella, el Madrid material comienza á cambiar de aspecto, comienza á tomar su fisonomia de invierno.

Se trata de trages? Ved á los tejidos adquirir por grados mayor espesor y consistencia, y pasar sucesivamente por las categorías termométricas de *lino, lana dulce, paño y patencourt*; ved al ligero *town* huyendo veloz ante los anchos pliegues del entretelado *gaban* y de la voluminosa *capa*, que vienen á mas andar llamados por SETIEMBRE.

Pero SETIEMBRE es el Bautista del invierno, y las mujeres, que son por naturaleza mas sensibles en lo moral, comienzan tambien á manifestarse ahora mas afectadas en lo fisico. Dentro de pocos dias la gracia aérea del *linon*, del *raso* y del *vareges* habrá cedido el campo á la magestuosa inflexibilidad del *gró* y del *terciopelo*. ¿Quién no ve tambien al flotante y vaporoso *chal* de gasa espesarse rápidamente, hasta adquirir la opacidad de la *mantelita*, del *canesú*, del *albornoz* y del clásico *mantón*? El soplo de SETIEMBRE comienza sutil á penetrar entre los blondos rizos de nuestras hermosas, y no hay una *flor* ni un *adorno* que pueda sobrevivir á su letal contacto: de hoy mas el rostro de las madrileñas continuará, si, siendo un rostro-cielo, pero *encapotado*, y oculto casi bajo una espesa niebla: las flores habrán adquirido la lijereza del vapor y trasformándose en *nubes*.

Los líquidos obedecen del mismo modo al influjo condensador de SETIEMBRE. La fibra vegetal de la chufa, por ejemplo, que bajo la apariencia de una sustancia lechosa y azucarada ha tenido durante tres meses la alta honra de humedecer el interior de tanta linda garganta y de tanto gáznate feo, se ha estirado y estendido, y dando un brinco de la garrafa al suelo, ha ido ya á recostarse en un rincón, presentando el verdadero aspecto de una masa áspera, grosera y pintarrajada, conocida con el nombre de *estera*.

Los edificios mismos principian á perder de su volumen: las partes estrañas que á manera de escrescencia sobresalian en ellos; las cortinas, que durante el verano tenian la mision de azotar el rostro y derribar el sombrero á todo transeunte, á las puertas de tiendas y almacenes, se replegan hácia la pared, se transparentan y convierten en cristales cubiertos de sendas capas de polvo, no tan espesas



que no permitan á los aficionados estasiarse por la noche ante ellos y lanzar á través codiciosas miradas al grupo de graciosas modistas que trabajan en el taller.

Entremos en los cafés: la ley de la condensación, la fuerza de SETIEMBRE se encuentra allí también. Ella es la que multiplica las mesas, la que aproxima las sillas, la que produce aquel susurro estrepitoso de conversaciones, de risotadas y de choque de vasos y botellas; ella la que obliga á las bolas de villar á andar de un lado para otro de la noche á la mañana, la que apiña en un espacio reducido aquella muchedumbre compacta, é impenetrable como los juicios de Dios.

Las reuniones y tertulias van saliendo también, merced al mes en que entramos, de su estado de completa disolución: comienzan á dar señales de vida. El antiguo consejero, el senador nuevo y el prebendado respetable han vuelto acaso de los baños, ya mas aliviados del reuma y de la gota: para últimos de mes los habrá colocado SETIEMBRE al rededor de una mesa, de donde la pegajosa viscosidad de la *voltereta* y el *codillo* no les permitirá apartarse el canto de una oblea.

Si vais á alguna de estas sociedades, observareis tal vez algun jóven elegante y almirado, allá en un rincón de la sala, entretenido en animado coloquio con alguna linda niña de ojos azules (ó negros, que es igual) tan divertidos ambos con el calor de la conversacion, que no reparan que se van insensiblemente estrechando las distancias, hasta el punto de hallarse los dos sentados casi en una misma silla: no vayais á pensar que el amor tiene la mas mínima parte en este *modo de ser* ó en este *modo de estar*; porque el amor es fuego, y el fuego separa: si quereis encontrar la causa id á buscarla en la fuerza que aproxima, en la fuerza que reúne: en la fuerza de SETIEMBRE.

En suma, amabilísimas lectoras, no dareis un solo paso desde hoy sin tropezar con alguna prueba de esa portentosa máquina de alta presión, que, bajo la impalpable forma de un airecillo sutil, engendrado por las cimas de Guadarrama, obliga á cuanto se encierra en esta heroica villa á trasformarse ó á contraerse durante nueve meses. Acaso ¡oh hermosas madrileñas! tropiecen vuestros pies con ejemplos que os hagan dudar de la universalidad del principio; pero no dudeis que esos ejemplos serán ejemplos *vivos*, necesariamente, que si se presentan

*derretidos*, será solo por la sencilla razón de que ante el fuego de vuestros ojos se habrá desvanecido la fuerza irresistible de SETIEMBRE.

A. BADIA.

## DOS HERMANAS.

Tradición flamenca del siglo VII.

(Conclusion.)

PHARALIDE tenia una hermana llamada Bertila, que la profesaba desde su infancia un odio tan feroz como infundado. Esta muger, casada á la sazón con un capitalista de la ciudad de Gante, no pudo perdonar á Pharalide, cuando jóven, su fresca y deslumbradora belleza; mas tarde vió con celos su felicidad doméstica, el amor que la profesaba su esposo y el respeto que habia sabido grangearse con su caridad y sus virtudes. La desgracia de la viuda de Sigiberto no fué parte á conmover su corazón empedernido: la miseria que rodeaba á su hermana humillaba su orgullo; avergonzábale de verla trabajar como una esclava; y su vanidad, herida, acabó de irritar y fortalecer su negro encono. Pharalide, con su natural dulzura, solo habia opuesto á esta implacable animosidad su cariño fraternal; pues tenia siempre presentes en la memoria aquellas palabras que solo pudieron ser dictadas por un Dios: «Si al presentar tu ofrenda en el altar recuerdas que tu hermano tiene alguna queja de tí, déjala al pie del ara, ve á reconciliarte con él y vuelve á ofrecer el don». (1)

Habia suplicado á Bertila, por el amor de Jesucristo, en nombre de su madre, que depusiese su injusta enemiga y la mirase como hermana. Pero el benéfico rocío del cielo ¿es acaso poderoso á fertilizar las áridas rocas? Bertila, á las amorosas palabras de su hermana, no habia dado por toda respuesta sino injurias y sarcasmos. Hacia tiempo que Pharalide no se acordaba de ella mas que en sus oraciones; y solo impelida por el aguijón de la mas extrema necesidad podia resolverse á ir de nuevo á implorar su socorro. Caminaba, pues, palpitándole el corazón y pidiendo por el camino á Dios que le

(1) Evangelio de San Mateo.



dictase las palabras de salvacion que pudieran arrebatarse á sus hijos de una próxima muerte. Descubrió por fin la balastrada de hierro y las altas ventanas de la casa de Bertila: procuró serenarse, y subió lentamente la magnífica escalera de granito que conducia á la puerta principal, á la sazón entreabierta. Empujóla, vacilante, y se encontró en una espaciosa sala, en donde Bertila, rodeada de doncellas, examinaba el trabajo del día y daba sus instrucciones para el del siguiente. Echó una mirada á Pharalide, estenuada y andrajosa, y le dijo con voz altanera:

—¿Qué quiere esa pordiosera?... Muger, nada teneis que hacer aquí; idos al punto, ó haré que mis criados os arrojen por la ventana.

—Hermana mia, soy yo, Pharalide; dijo la pobre viuda, que vengo á tí llena de confianza; no tengo ya otro apoyo; desde ayer que no hemos comido, y venia á pedirte un pedazo de pan para mis hijos.

—Por qué no trabajas: ¿tengo yo acaso obligacion de manteneros?

—Hermana mia, no hay quien me de trabajo. Desde que el señor llamó á sí á mi querido esposo, desde que perdí en un solo día mis bienes y mi felicidad, mis manos no han permanecido ociosas un instante siquiera... he ganado el sustento necesario para mis hijos... pero hoy no tengo mas amparo que el tuyo. ¿Tendrías corazon para rechazarme?.. para rechazar á la hija de tu madre? Oh! hermana mia! piensa que una misma sangre corre por nuestras venas, que no te resta otro pariente mas que yo, yo, que siempre te he amado tanto!... Ah! si por acaso en mi niñez pude involuntariamente ofenderte, dignate hoy perdonarme, y débete mas que la vida, el pan para mis hijos!

—No estás contenta aun con humillarme todos los días, ofreciendo al público la vista repugnante de tu miseria y tus harápos? márchate, márchate, no tengo nada que darte.

—Bertila, hermana mia, no me arrojes así de tu casa, no me obligues á espirar en el dintel de tu puerta! Ah! piensa en tus hijos: no te regocijas tú cuando los miras sentados á la mesa, cubierta de abundantes manjares, cuando los contemplas dormidos dulcemente en blando lecho de plumas? pues los míos se hallan acostados sobre un puñado de paja... ¡Oh Bertila! has por mí lo que yo haria ciertamente por tí si te viese en mi triste situacion...

En nombre de mis sobrinos, pan, un mendrugo de pan para mis hijos!...

Y la infeliz cayó de rodillas á los pies de su hermana. Bertila la miró con sonrisa sarcástica y sombría, y le dijo:

—Mira, ves aquel armario? pues está lleno de pan; *pero se convertirá antes en piedra*, que tú llegues á gustar una sola migaja de él.

Pharalide conoció que nada tenia que esperar: levantóse, encaminóse á la puerta, y pálida como una muerta, pues la vida la abandonaba:

—Ojalá no te castigue el cielo en tus hijos! exclamó tendiendo su mano hácia Bertila.

Quedose esta sola: las doncellas, testigos de esta escena, llenas de espanto, se habian retirado.

Entonces comenzaron á nacer en su alma cierta inquietud y ciertos vagos remordimientos; pero bien pronto el odio y el orgullo, inspirados por el infierno, ahogaron este movimiento saludable. Entregose de nuevo á sus ocupaciones domésticas, y llamando á sus doncellas, hizo que continuasen trabajando á su alrededor, reprendiéndolas con su dureza y acritud acostumbradas. Abrióse la puerta otra vez y se dejó ver el dueño de la casa, Otto, el marido de Bertila. Era este un hombre virtuoso y temeroso de Dios, que habia procurado en distintas ocasiones, aunque siempre en vano, inspirar á su muger con persuasivas palabras sentimientos mas apacibles y fraternales: volvía en aquel instante de un largo viaje, durante el cual habia recorrido las quintas y fábricas de sus numerosos corresponsales, situadas á las orillas del Lis y del Escalda.

—Salud, esposa mia; dijo cordialmente, abrazando á Bertila.

—Y tú, querido esposo, ¿has tenido un viage feliz?

—Sí, vuelvo en extremo satisfecho: mira, añadió, enseñándole un saco de cuero que llevaba oculto debajo de la capa, hé aquí una buena cantidad que puedes guardar.

Diciendo estas palabras, se acercó al armario donde se guardaban las provisiones del día, y bebió un vaso de vino; quiso tomar tambien un pedazo de pan, porque venia desfallecido; pero no bien hubo tocado uno que se hallaba colocado sobre un plato, cuando arrojó un grito, y dirigiéndose á Bertila, exclamó con un tono vehemente y espantado:

—Muger, la cólera de Dios ha entrado en nuestra casa!... ven, mira!



Acercóse Bertila, y vió con horror que el pan que habia tan cruelmente negado á Pharalide, se habia, segun sus propias palabras, convertido en piedra. Trémula, y poseida de aquel terror que es el único remordimiento de los malos, balbuceó confusamente:

—No sé á qué atribuir este prodigio... y vos, esposo mio?....

Miróla severamente Otto.

—Has negado el pan á algun pobre? le dijo en fin: Bertila, no mientas, por tu salvacion!

—Sí, á mi hermana Pharalide.... vino hecha una pordiosera, imploró mi caridad.... y la despedí.

—Miserable! exclamó Otto; maldito sea el dia en que me uní á tí!.... Escucha, añadió de allí á algunos instantes de silencio: un medio te resta solamente de merecer mi perdon: toma esta bolsa y corre á llevársela á Pharalide; consuéla en sus necesidades, implora de rodillas su perdon, y el el cielo te inspire un sincero arrepentimiento...!

El acento de Otto era tan resuelto, tan imperativo, que Bertila no se atrevió á replicar. Llena de rabia, porque la avaricia y la crueldad habitaban juntas entre los negros pliegues de aquella alma gangrenada, dirigióse á la choza de su hermana. Pero la mirada del juez inexorable la seguia: los oidos que no pueden engañarse escuchaban las secretas maldiciones de la fratricida. A medida que seguia su camino, el cielo, hasta entonces tranquilo y sereno, se cubria de espesas sombras. Grandes nubarrones iban estendiéndose velozmente, y los relámpagos, rápidos y frecuentes, brillaban con siniestro resplandor. Hallábase ya Bertila á la puerta de la cabaña de Pharalide, cuando un trueno, acompañado de pavoroso fragor, vino á estallar sobre su cabeza: vióla por un momento envuelta en un fuego lívido que se enroscaba al rededor de su cuerpo, en figura de serpiente, y cuando el pueblo corrió hácia aquel lugar, solo encontró un cadáver ennegrecido y reducido casi á pavesas.

De allí á poco serenóse el cielo; algunas blancas nubecillas tapizaron de nuevo su azulado manto, y como él, la justicia divina, despues de haber llenado sus designios, volvió á seguir su curso inmutable y magestuoso.

El pueblo, instruido ya del prodigio obrado en la casa de Otto, corrió en tropel hácia la pobre morada de Pharalide. Veíanse un número considerable de mugeres caminando precipitadamente en la

misma direccion, cargadas las unas con grandes vasijas de leche y de vino y las otras con canastillos colmados de pan y de viandas. Abrieron la puerta de la cabaña, y se ofreció á la vista el mas triste y maravilloso espectáculo: Pharalide estaba acostada en el suelo, rodeada de sus tres niños, á quienes en el estertor de su agonía habia agrupado y estrechado contra su pecho. Todos estaban muertos; pero de aquellos cuatro cuerpos se desprendia tal resplandor, un aroma tan fragante y lleno de suavidad, que por un movimiento espontáneo todos los circunstantes se postraron de rodillas y entonaron un himno al Señor; al Señor, que castiga y recompensa, que habia confundido con su ira á la despiadada Bertila, y llamado así á Pharalide y sus tres hijos, para gozar, en recompensa de su virtud, de bienandanza eterna. (1). B.

### LA MARIPOSA,

VESTIDA de oro y zafiros,

Saludando á la mañana,

Hiende los aires ufana,

Con cien caprichosos giros,

Veleidosa,

Bellísima mariposa,

De túnica peregrina,

Que al dar un beso á la rosa

Purpurina,

Nunca hasta entonces se viera,

Ni una rosa mas divina

Ni mas linda jardinera.

—  
Vertiendo vida y amores,

Loca ostentando sus galas,

Lleva tendidas las alas

Estremeciendo las flores;

Y á su paso,

Con rico manto de raso,

Salió un clavel presumido,

Que al rendir su amor escaso,

Aunque sentido,

Nunca hasta entonces se viera

(1) Se conservan aun en la iglesia de San Nicolás de Gante dos petrificaciones que tienen la forma y la figura de un pan.



Ni un galan mas encendido  
Ni mas linda jardinera.

Posada á orillas de un rio,  
Iban bordando las ondas  
De su vestido las blondas  
Con finisimo rocío  
Trasparente;  
Y al mirarse en la corriente  
Donde el sol quiebra uno á uno  
Sus rayos de luz ardiente,

Nunca alguno  
Hasta entonces alli viera  
Ni espejo mas oportuno  
Ni mas linda jardinera.

Cruzando el campo serena  
Por gozar de su tesoro,  
Plegó sus alas de oro  
Sobre una blanca azucena,  
Pura y llena

De perfumes y de gualda,  
Y al reposar candorosa  
Sobre su nevada falda  
Esplendorosa,  
Nunca hasta entonces se viera  
Ni una rama tan frondosa  
Ni mas linda jardinera.

Viola girar desde el nido  
Donde cantára su amor,  
Tristísimo ruiñeñor  
Con acento dolorido:  
Su gemido

Quedó preso en la garganta,  
Mas como al punto ligero,  
Amantes himnos levanta  
lisongero,  
Nunca hasta entonces se viera  
Pájaro mas hechicero  
Ni mas linda jardinera.

.....  
.....  
.....  
.....  
.....  
Mas ay! que atrevida y vana  
Dirigió su raudo vuelo,  
Enamorada del cielo,

A su pabellon de grana.

Bella, ufana,  
Fingiendo alegres desmayos,  
Llegó hasta la lumbre pura,  
Y alli sus vívidos rayos,  
¡Que amargura!.....

Dieron pábulo á la hoguera,  
Agostando la hermosura  
De la linda jardinera.

ANTONIO HURTADO.

### A MI LIRA.

Presente en mi revuelta fantasía,  
Por la region del viento se derrumba  
Esa voz ronca que vagante zumba,  
Brotando inspiracion.

¿Es por ventura el genio de las ruinas,  
Sordo clamor de la glacial tristeza,  
O el lánquido gemir de la belleza  
Que muere de pasion?

Yo la escuché!—La noche tormentosa  
La trajo entre sus ráfagas veloces,  
Y sus lamentos, al bramar feroces,  
Rodaron por mi sien.  
Quedó en torno el silencio del sepulcro...  
Quedó en mi pecho escéptica amargura...  
Canté... canté de mi letal tristura

El hórrido vaiven.  
¿Quién alborota este volcan que ruge  
Al frenético son de la tormenta?  
Ven á mí, ven....oh! lira turbulenta,  
Y ayúdame á sentir.

A través de los tiempos y los mundos,  
Fantasmas sepulcrales, cruzaremos,  
Y á una voz en la esfera soltaremos  
El canto del morir.

Trémulo el son de las flotantes auras,  
Quédese allá, la risa y los amores;—  
Pasen aquí, gritando bramadores,  
El trueno y huracan.

Yo lucharé!—mi canto de tinieblas,  
A las futuras gentes dando ejemplo,  
Ledo les mostrará de gloria el templo,  
Y absortas quedarán.

¿Qué me importa esta raza que me oprime,  
Y este siglo de hjerro, torpe y frio?



Ven, lira, ven!—el porvenir es mio!...  
 ¡Arde mi corazon!—

No *sienten* ¡ay! te templaré en el hierro,  
 Y con pujanza indómita sonando,  
 Sus entrañas de piedra desgarrando,

Oirás su imprecacion.

Cuánto envidié el no ser!... Mas ya que existo,  
 Salgo á mi vez á maldecirte ¡oh mundo!  
 De atroz combate y amargor, fecundo

Mi pecho en su inquietud.

Aborrezco tus goces y festines,  
 Tus mujeres tambien...todo lo olvido!

Mundo! dos cosas nada mas te pido:—

*La gloria—el ataud.*

LUIS RIVERA.

## ROMA.

CREEMOS que nuestros suscritores leeran con gusto los siguientes curiosos apuntes que hemos podido hacer del aspecto que hoy presenta la con razon llamada ciudad eterna. Asi como asi, nos hemos propuesto hacer de *La Elegancia* un album donde vaya consignándose sucesivamente y lo mas en concreto posible, á fin de no hacernos pesados y enojosos, todo lo que por su naturaleza deba inspirar algun interés.

Cuando el viajero, pues, va de Francia á Italia, entra en Roma por la puerta del Pópulo. A luego descubre una plaza magnífica de cuyo centro se elevan con grande magestad un obelisco egipcio y dos hermosas fuentes. De esta plaza parten tres calles que atraviesan toda la ciudad. La del Corso presenta una fila de palacios ostensibles, habitados por los mas ricos señores del estado romano, si bien descuella entre todos ellos el de la familia Doria. Las casas de campo de los cardenales, llamadas *villas*, parece como que han sido tomadas por asunto de los prodigios del hombre, por los baños marmóreos que contienen, jardines con mil estatuas y vasos de antiguos bronce. Tívoli y Frascati, immortalizadas por los versos de Propertio y de Horacio, son sin disputa las mas bellas. En Tívoli sobre las ruinas del templo de Hércules, se levanta la iglesia parroquial, y el antiguo templo de las sibilas, que aunque ruinas, ya son ruinas inspiradoras. Del otro lado del valle y á alguna distancia de las cascadas, vése la humilde

casa de Horacio, hoy habitada por un paisano que enseña al viajero algunos objetos que pertenecian al gran poeta.

Adelantándose hácia la llanura que se estiende hasta Roma, encuéntranse aqui y alli, esparcidas, las ruinas de las *villas* de Mecenas y del emperador Adriano; pero nada hay comparable, segun nos dicen los viajeros, al delicioso y poético Valle de Frascati, donde Sila, Lúculo y Ciceron hicieron construir sus casas de campo. A no larga distancia se divisa el perístilo de un templo antiguo, cerca del cual estaba acampado Annibal cuando levantó el sitio de Roma para pasar el invierno en Cápua. Bellas, bellísimas alamedas de copudos árboles, tan antiguos como el mundo, conducen á los sepulcros de los Horacios y de los Pompeyos.

Lo que al llegar á Roma deja asombrado al viajero, es el efecto de las seis basilicas: lo mismo decimos cuando se ha visto á San Pedro. Para llegar al castillo de San Angelo, elevado sobre el sepulcro del emperador Adriano, hay que pasar el Tiber por un puente adornado con estatuas de marmol, que representan á los doce apóstoles. Ante la fortaleza, un angel con una espada desnuda defiende su entrada; á la izquierda descúbrese la gran columnata de San Pedro, compuesta de cuatrocientas columnas de marmol, tambien blanco, que sirven de pedestal á magníficas estatuas. Dichas columnas forman un semicírculo á derecha é izquierda de la basilica de S. Pedro: á la primera está el palacio del Vaticano.

Las llamadas *Thermas* de Diocleciano son anchas y eternas ruinas que dan una idea de lo que debian ser los baños en tiempo de este príncipe. Pero ya que hablamos de ruinas, no pasemos desapercibidas las mas bellas, tal vez, que son las del coliseo. Este como habrán tenido ocasion de saber quizá nuestros lectores era de tan gigantes proporciones que cabian en su seno ochenta mil espectadores, y cuya arena se ha visto enrojecida con la sangre de los gladiadores y de los mártires del cristianismo. El Templo ó Panteon de Agrippa, es, con la columna de Trajano, lo mejor conservado. En el antiguo *Forum* existen todavia restos del templo de Venus y las columnas del perístilo de la Concordia. En este fue donde Ciceron pronunció ante el senado sus magníficas *Catilinarias*.

Detenernos ahora á pintar las impresiones que el viajero recibe en estos lugares, y las lúgubres y á veces informes ideas que se agolpan á su imagina-



ción, sería no concluir, cosa opuesta á nuestro indicado propósito. Unicamente añadiremos que son sobre 380,000 almas las que hoy cuenta Roma.

SIXTO SAENZ DE LA CAMARA.

### CRÓNICA TEATRAL.

Pasados ya los sofocantes calores del estío, que hicieron enmudecer á los teatros, comienzan estos á recobrar su animación invernal y á disputarse la preferencia del público con nuevas representaciones.

**PRINCIPE.** Este teatro se estrenó con la comedia en dos actos, traducida del francés por D. Isidoro Gil, titulada *Daniel el Tambor*. En la imposibilidad de hacer de ella un examen detenido, nos limitaremos á decir que está bastante bien traducida, y que aunque carece de novedad, así en el plan en general como en los detalles, no carece de interés en ciertas situaciones. Entre los caracteres, vulgares y descoloridos los mas, descuella sin embargo la figura del protagonista, de Daniel, realzada por el talento del Sr. Romea, que supo con sus esfuerzos, como sucede siempre, conquistar en favor del personaje las simpatías del público, y para sí no pocos aplausos, especialmente al final de la pieza.

*Las intrigas de una corte.* El público hizo justicia á esta producción, calificándola de muy escaso mérito, y aplaudiendo á los actores, que se esmeraron, sin embargo, por su parte.

**CRUZ.** Inauguró sus representaciones con *El Castillo de San Mauro*, drama en cinco actos y en prosa, traducido del francés por los Sres. D. Luis Olona y D. Mariano Godoy. Este drama, del género de Bouchardy, bastante bien traducido aunque de escaso interés, fué desempeñado, no con el completo acierto que debía esperarse de su actual compañía. La función tuvo escaso éxito, como se temía.

A este estreno siguió el de *El Tarambana*, divertido *vaudeville* en tres actos y en prosa, que hizo reír mucho y arrancó sendos aplausos á la concurrencia, por algunas felices pinceladas y situaciones sumamente cómicas. Lástima que su traductor ó refundidor, en vez de dar á la obra las proporciones de una comedia, no la haya reducido á una piececi-

ta de dos actos, concentrando en ella las chistosas ocurrencias de que está salpicada! El Sr. Caltañazor, encargado del papel de protagonista, lo desempeñó con gran acierto.

Ultimamente, este teatro acaba de poner en escena el drama traducido del francés con el título de *El Mercado de Londres*, que tanta aceptación ha tenido en París durante la primera temporada cómica de este año. En el próximo número hablaremos de esta producción.

**INSTITUTO.** La compañía lírico-española de este teatro ha abierto la nueva temporada poniendo en escena *La Vuelta de Columela*, traducida al castellano. La ejecución por lo general fue buena, y todos los cantantes se esforzaron para que su éxito correspondiese á las esperanzas del público; habiendo agradado particularmente el bufo.

Hemos observado que esta compañía ha adoptado el antiguo sistema, caído ya en desuso, justamente á nuestro juicio, de interpolar en el canto, declamados, los trozos de *recitado*; costumbre que no vemos presente ventaja alguna, como no sea la de dar á la composición cierto aire de tonadilla, ó de semejanza con muestras primeras óperas lo cual tiene sin duda mas de *rancio* que de *español*.

**VARIEDADES.** Comenzó este teatro la segunda temporada con el drama nuevo en tres actos y en verso, original de D. Juan Larosa. El argumento es sencillo, tiene buena verificación y no carece de interés. El público lo recibió con aplausos y pidió se presentase su joven autor, en lo que no pudo complacerse, por no hallársele.

El teatro de BUENA-VISTA ha dado también principio á sus funciones con el *Cerdan*, *justicia de Aragon*, de D. Miguel Agustín Principe.

El MUSEO ha concluido las obras de mejora y embellecimiento del local y comenzado también sus funciones.

**ERRATAS.** En la fábula inserta en el número anterior, verso primero, donde dice: «En un vergel *inmenso*,» léase: «En un vergel *ameno*;» y en el 17, donde dice: «...las gentes, que te conocen digan,» léase: «que te *conozco* digan.»